

¡Cuán nostálgico Santiago éste que nos presenta en su libro Guillermo Feliú Cruz! (1). Sin bombas, sin smog, sin escapes libres, sin micros, sin políticos, sin... dos millones de habitantes. Porque entonces, en el primer cuarto del pasado siglo, habitaban éste del Nuevo Extremo no más de cincuenta mil almas.

Eran los tiempos en que el Cuerpo de Carabineros se llamaba "Serenia" y sus componentes "serenos". Cada uno de estos policías de hace más de un siglo "a su privativa ocupación, reunía la de asustar al diablo y la de ser reloj y el barómetro ambulante del pueblo". La gran escritora inglesa María Graham sentía una evocadora emoción si oía en la madrugada por ejemplo: "¡Ave María Purísima, las tres han dado y sereno!..."

Podría muy bien llamársela, por símil, ciudad "bucólica" dada su pastoril existencia. El "Serenio" de nuestros días debe permanecer alerta de que no aparezca un "tu-pa-ma-ro" y lo ataque valientemente por la espalda; y durante el día tal Sereno debe hoy correr de un lado para otro y volverse

diez con sus guanacos y sus lacrimógenas. Ninguna duda cabe de que Santiago el Mayor, Apóstol, hijo de Zebedeo y Patrón de Chile según la tradición, tiene a los hijos de este su pueblo en el más decidido abandono.

La comparación de ambas épocas se produce casi sola a causa de que aquel vivir apacible lo era pese a que por entonces el país luchaba por su independencia, la que no obstante estar declarada debía consolidar, pero con ello y todo la vida provinciana de la capital se perturbaba poco. ¿Acaso porque sabían con certeza por qué luchaban? Hoy en día todos bregan aquí, pero son escasos los que saben claramente por qué.

Por lo demás, parece que nada hacia prever todavía que sobrevendría una década en la que iría perdiéndose, en forma inquietantemente progresiva, el principio de autoridad que Portales debía frenar por los años treinta con mano férrea. Eran aún gentes tranquilas en su casi total mayoría. Así, las bellas damas —sí que lo eran según los viajeros testigos— salían en las tardes a refrescarse en el Paseo de La Cañada, hoy Alameda Bernardo O'Higgins. Bellísimo lugar, como consta en una estampa que puede verse al final de este volumen y que muestra su noble arboleda a la altura del convento de San Francisco. Lo curioso es que aquellas damas iban elegantísimas pero llevadas por unos carruajes que no merecían tal nombre sino el de carro-matos: toscos, feísimos, des-tartalados, arrastrados por una mula... y ahí iban hasta las millonarias. Así y todo se les llamaba "calesas". Pero lo mejor es este detalle: "Habría sido indecoroso por todo extremo, ver juntos en una calesa o coche, a un caballero y una señora, aunque fuesen marido y mujer"... Dios nos valga, lo que va de un tiempo a otro.

De acuerdo con la opinión de la mayor parte de los viajeros, Santiago era una bonita ciudad. No opinaba lo mismo don José Zapiola, quien le afeaba los basurales que la circundaban. Se pregunta Feliú Cruz si esta discrepancia

SANTIAGO EN EL TIEMPO

por M. C. G.



FELIU CRUZ

se debería a que iguales basurales rodearían por aquel entonces las capitales europeas, de modo que no llamaban la atención de aquellos visitantes. Pero hay que notar, en justicia, que la admiración de los extranjeros por nuestra naciente capital se dirigía unánimemente a la majestad de la cordillera, esa que rara vez veían los chilenos de entonces y más raramente ven los chilenos de hoy (aquí uno hasta puede sostener el siguiente diálogo después de una hermosa tarde: "¿Viste la cordillera? — "¿La cordillera? ¿qué cordillera?")

El clero dominaba por entonces. Sus ceremonias costaban un ojo de la cara, circunstancia que al parecer determinó la suma facilidad con que las parejas del pueblo, desde entonces hasta hoy, se juntan a vivir "así no más". Pero pudiera decirse que había cierta inclinación natural a la unión libre y así "la inmoralidad a este respecto había aumentado considerablemente en los campos, no sólo entre los huasos, sino también entre los propietarios y dueños de pequeñas fincas (...). En el interior del país existían eclesiásticos que seguían la costumbre de los campesinos. Unos lo hacían en secreto, pero había familias que, sin avergonzarse, y aún con orgullo, decían: "Ella es la querida del Padre". Como puede verse, ya andaba en las

mentes sacerdotales la duda respecto a la justicia y valor de sus votos de castidad.

En aquel tiempo el clero contaba con tribunales propios, pudiendo detener por lapso indeterminado a quienes consideraba culpables.

Un capítulo bastante notable es el de las "Casas de Ejercicios" y al que no nos referiremos in extenso en el temor de herir alguna susceptibilidad religiosa. Sólo diremos que en él no quedan muy airo-sos, ni los santiaguinos penitentes, de bajísima cultura, ni el clero, acaso culto más allá de lo únicamente espiritual. Así, pues, demos mejor una mirada a las profesiones.

La de abogado tenía el privilegio de ejercer en Chile "un dominio cultural absoluto", dominio en el que escritores, poetas, eruditos y otros no contaban para nada, acaso por la simple razón de que no existían en el país.

Cuanto a los médicos, la situación era la opuesta: "La profesión de la medicina era mal mirada en Chile, como ocurría también en España. (...) En el año 1826, el doctor Guillermo Blest, médico irlandés, había publicado un folleto "sobre la medicina en Chile", en el que atribuía el menosprecio de la profesión a la falta de educación de los que la ejercían" y a la falta de un adecuado sistema de enseñanza. Y nótese este detalle. "Algunos de los médicos de Santiago eran mulatos". Se contaba, pues, entre los oficios tales como cerrajeros, carpinteros y otros, y eran llamados "sangradores". Aquel menosprecio, lentamente, fue cediendo. "El primer médico que le dio rango a la profesión socialmente, porque él era de una gran familia, fue Francisco Javier Tocornal".

Por otra parte, muy cierto es que ya había una Universidad, un gran colegio, el Instituto Nacional y una Biblioteca, pero pese a todo el estado cultural de aquellos santiaguinos, desde la aristocracia al bajo pueblo, era de veras lamentable, por no decir vergonzoso. Desde luego "no había una sola librería en toda la ciudad". Es indudable que la herencia española en este aspecto no fue brillante. Cuan-

to a la autóctona, huelga el comentario.

Sin embargo... comparado el Santiago de antaño y ogaño, éste con toda su cultura, sus universidades, sus grandes librerías, cabe preguntarse: ¿En qué estamos? Algo nos invita a dar una mirada al panorama civil.

Mejor suerte corría la música. Hay que recordar en primer término, que el Director Supremo, don Bernardo, fue un gran aficionado: "En Londres aprendió a tocar el piano y fue un regular ejecutante" — "Cuando fue Director Supremo, para distraerse de las preocupaciones del gobierno y las inmensas responsabilidades de la guerra, en reuniones con sus íntimos amigos ejecutaba trozos de música selecta".

Por la década del veinte, toda casa de pro tenía su piano.

Muchos otros aspectos de la conventual vida santiaguina se abordan en los trece capítulos de este libro. Temas correctamente ordenados y muy bien capitulados. Debemos aludir, sin embargo, a dos o tres pequeños vacíos. En la página 41 se dice: "Entre las ruinas de este servicio se había encontrado una obra de mérito de un escritor chileno. Su profesión verdadera era la de "monaguillo". Hubiésemos querido saber de qué obra se trataba y de qué escritor, cosas ambas que Feliú omite. Igual ocurre en la página 61 en la que aparece el dato que sigue: "El Regimiento del Comercio organizado en los tiempos coloniales durante la presidencia de Agustín Jáuregui (...) había tenido como penúltimo jefe al español Manuel Imaz, fusilado por un tremendo error en 1817 después de la batalla de Chacabuco". El profano y el olvidado en Historia, siente curiosidad por saber cuál fue aquel tremendo error que el autor no nos cuenta.

Hemos aludido a la escritora inglesa María Graham, de cuyo "Diario de mi Residencia en Chile" el autor ha obtenido numerosos datos. Queremos no dejar pasar la ocasión de recordar su nombre ilustre en las letras inglesas y el cual sin embargo pocas veces es recordado en Chile con el homenaje que se merece. Mujer de excepcional inteligencia, publicó muchas obras notables, particularmente de ensayo, justamente apreciadas por los críticos del viejo mundo y en la medida en que es injustamente olvidada por nuestra tierra. Tierra a la que amó y de la cual además hizo grabados y dibujos que la reproducen con rasgos a veces muy notables.

En suma. Los amantes de la historia de su país, hallarán aquí muchas y amenas páginas, relevadas con agudas observaciones.

(1) "Santiago a Comienzos del Siglo XIX", Crónicas de los Viajeros, por Guillermo Feliú Cruz. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1970.